Joana Bonet

# Fabulosas y rebeldes

## Cómo me hice mujer

DESTINO

www.elboomeran.com

# Fabulosas y rebeldes

## Cómo me hice mujer

Joana Bonet

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1474

www.elboomeran.com

© Joana Bonet, 2019
Por mediación de MB Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A. (2019)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2019

ISBN: 978-84-233-5577-8
Depósito legal: B. 13.340-2019
Impreso por Black Print
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

www.elboomeran.com

## Y ME HICE MUJER


Y me hice mujer . . . . . 13
Select Jazz . . . . . 17
El edredón granate . . . . . 27
Las estaciones vacías . . . . . 34
Los años kumbayás . . . . . 38
Una carta a Adolfo Suárez . . . . . 46
Hombres, un monumento al sol . . . . . 58
*Il faut être absolument moderne* . . . . . 67
Espíritu dandi . . . . . 73
Revistas sin chuminos . . . . . 78
Eres como un hombre . . . . . 86
La maternidad, un cortocircuito . . . . . 92
Andar sobre el agua . . . . . 104
Feminismo con sacarina . . . . . 113
*Me too, moi non plus* . . . . . 119
Mujeres de bolso ordenado . . . . . 124
Excepto la felicidad . . . . . 136
La mitad de la vida . . . . . 140

www.elboomeran.com



1. Coco Chanel. La escalera de caracol. . . . . 153
2. Peggy Guggenheim. Colgar un Pollock en el *palazzo* . . . . . 158
3. Barbara Hutton. La primera *socialité* de la historia . . . . . 163
4. Zenobia Camprubí. Vivir detrás de los versos 168
5. Sylvia Plath. Cuando la vida duele. . . . . 172
6. Lee Miller. Desnudarse en la bañera de Hitler 176
7. Diana Vreeland. *It's faction, but not fiction* . . . 180
8. Nico. Sobrevivir sobre ruinas . . . . . 183
9. Patricia Highsmith. Voracidad perversa. . . . . 186
10. Charlotte Brontë. La pluma victoriana . . . . . 190
11. Maruja Mallo. Marúnica no pintaba «como una mujer» . . . . . 193
12. Natalia Ginzburg. La depuradora del lenguaje 197
13. Mary Shelley. Horror sin venganza . . . . . 200
14. Simone de Beauvoir. La hermana del feminismo . . . . . 204
15. Dorothy Parker. La excéntrica acidez . . . . . 208
16. Nina Simone. Una voz de grava y café crema 211
17. Carmen Laforet. Un refugio para *Nada* . . . . . 215
18. Édith Piaf. Entre las rosas y el barro . . . . . 219
19. Louise Bourgeois. Iluminar el abismo . . . . . 222
20. Isabella Rossellini. Un espíritu «pro edad» . . . 225
21. Margarita Rivière. Una periodista afrancesada 229
22. Joana Biarnés. «Míreme como a un fotógrafo» 233
23. Lola Flores. Esto es carisma . . . . . 237
24. Lucia Berlin. Justicia poética. . . . . 240
25. Gala Dalí. Amar como *performance* . . . . . 243
26. Patti Smith. Absolutamente moderna . . . . . 247
27. Jane Birkin. La belleza despeinada . . . . . 251
28. Joan Didion. Amor y dolor en las noches azules 254
29. Janis Joplin-Amy Winehouse. El amor es perdedor . . . . . 258
30. Sontag y Leibovitz. Cuando digo enamorada 262

www.elboomeran.com

31. Rita Hayworth. La vida sin guantes. . . . . 265
32. Idea Vilariño. Poeta de la ausencia. . . . . 268
33. Marguerite Duras. Un deseo libre . . . . . 271
34. Diana Arbus. Salir a cazar. . . . . 274
35. Véra Nabokov. Una devoción literaria . . . . . 277
36. Las hermanas Mitford. Excéntricas y perversas . . . . . 281
37. Emma Cohen. Musa del escepticismo . . . . . 284
38. Michelle Obama Una intrusa en la Casa Blanca 287
39. Meryl Streep. Tocada por el don . . . . . 291
40. Mercé Rodoreda. Un jardín interior . . . . . 294

Créditos de las imágenes. . . . . 299

www.elboomeran.com

# Y me hice mujer

Pertenezco a la clase de gente que piensa que el género no lo determina todo, que existe un universo común entre ambos sexos. Hombres y mujeres, miembros de una especie que soñamos parecido, que tropezamos con piedras de igual tamaño y que sentimos el mismo sabor amargo del vinagre. Pero no recuerdo un solo día de mi vida en que quisiera ser hombre. Ni una hora, ni un instante, en que ansiara tener pene.

Fui una niña lectora; la mejor llave para escapar de la realidad y construir mundos interiores en los que habitaba la fantasía: bastaba con entrecerrar los ojos y recostar la cabeza en la ventana para vivir las historias más dramáticas y a la vez encantadoras que me transportaban a otro tiempo. Fabulaba a conciencia y ocupaba el papel de protagonista, con mayor vigor cuando las tardes se deshacían lentamente. O en las horas pausadas de la noche, embebida del amor y su misterio, sin apenas atisbar su práctica real. Me habían enseñado a que cada noche antes de acostarme tenía que hacer *examen de conciencia*. Alargaba todo lo que podía el día hasta llegar a ese momento, primero escuchando un programa de radio de canciones solicitadas por correo postal, luego leyendo a Pearl S. Buck y sus historias orientales, o contemplando alguna foto de un chico que guardaba bajo llave. Pero, al apagar la luz, inmóvil bajo las sábanas, empezaba a ensoñar y ensoñarme, y siempre convertida en una heroína

www.elboomeran.com

del amor, una Isolda *avant la lettre*. Hasta que ya no había excusa para el examen de conciencia. A veces me lo ventilaba en un santiamén y otras lo prolongaba para arrancarme los pelos del brazo, uno a uno, poniendo a prueba el umbral del dolor y sabiéndome tan libre en las ideas como penitente en los hechos.

Nací en un pequeño pueblo de piedra con nombre árabe, Vinaixa (Beni-Aixa), frontera entre dos provincias, Tarragona y Lleida. Tierra de secano donde la huerta apenas fructifica. Aceite, vino, almendras. Tractores y animales. En casa teníamos granja, y, con la misma naturalidad con la que empezaba a leer a Enid Blyton, J. D. Salinger o Mary Shelley, asistía a la sádica matanza del cerdo, al despelleje del conejo y al pánico que envolvía la casa en las tardes de verano, cuando el termómetro superaba los cuarenta grados y morían naves enteras de pollos que criaban mis padres. Pollos gordos, ahogados, secos. La agonía de aquellos animales, aparte de los gatos y perros sarnosos, me angustiaba igual que la frenética actividad de las mujeres faenando con el mondongo del puerco aún caliente mientras los hombres limpiaban los cuchillos. En los postres, después de comer sangre frita, encenderían un puro. Tenía varios escondites para refugiarme, pero enseguida descubrí una táctica: si sacaba buenas notas, obtenía permiso para encerrarme a estudiar. Y con aquella excusa empecé a edificar mi mundo interior, y a poblarlo con voces de mujeres raras, excéntricas, rebeldes, fabulosas, diferentes a todas las que había conocido porque desafiaban su destino.

Gracias a las películas para mayores con sus magnéticos dos rombos que distinguían lo importante de lo intranscendente, descubrí a una tal Emily Brontë, autora de aquellas *Cumbres borrascosas,* cuya versión interpretada por Laurence Olivier y Merle Oberon digerí con tanta excitación como pesadumbre. De inmediato, mi paisaje se refrescó: cuánto me intrigaban las hermanas Brontë, mujeres que ciento cincuenta años antes que yo habían

www.elboomeran.com

escrito a la luz de una vela, en un caserón inhóspito y helado, envueltas en una soledad y un silencio mucho más violentos que los de mi noche, consiguiendo burlar el tictac del reloj en medio de un páramo que las hizo inmortales. Empecé a coleccionar nombres de mujeres antiguas, vestidas de negro o de blanco. Una de las primeras fue Emily Dickinson, la poeta más excelsa en lengua inglesa, encerrada voluntariamente en sus jardines y sus versos, que llegó al extremo de conversar con sus amigos a través de una puerta a fin de respetar su clausura laica. Me interrogaba acerca de aquellas pioneras que habían desafiado el destino aun viviendo aisladas, y entonces, me convencía de que mi pequeño mundo dejaba de ser un lastre, tan solo representaba una circunstancia pasajera, una cárcel de oro que me permitía leer, pensar, sentir, hablar conmigo misma durante horas porque casi todos los juegos me aburrían. En esa soledad cabían castillos de colores, era una soledad valiosa aunque nada más escuchara el silencio y los crujidos de la oscuridad.

En un lugar nublado de la memoria conservo la imagen de las lavanderas en las mañanas frescas. Arremangadas hasta el codo y blandiendo las sábanas como si agitaran los fantasmas con la brisa marina que, a cuarenta kilómetros del mar, sigue refrescando aunque desprovista de sal. Me aliviaba que pudiéramos lavar la ropa en casa, que tuviéramos lavadero, o acaso no se trataba de un acto íntimo; la silueta de las mujeres de negro que enjabonaban sus faldas en el *safareig* municipal se me antojaba propia de un tiempo de novelas antiguas: viejas y jóvenes que cargaban cubos exhibiendo ropa y vida interior. Las viudas. Las solteronas. Las ancianas solas que fisgoneaban tras las persianas cuando escuchaban pisadas sobre el empedrado y robaban la intimidad de una torpe pareja de adolescentes. Su soledad no era fingida, y por eso nos aterrorizaba. La vestían con resignación, provistas de sus delantales sucios, unas zapatillas de fieltro y un hedor insoportable que mostraba la piel descar-

www.elboomeran.com

nada de la vida. Siempre hubo menos viudos en el pueblo, aunque abundaban los solteros; ellos, en cambio, se entretenían en el café a la misma hora en que, con suerte, ellas se dirigían, pulcras y animadas, a casa de la modista donde se improvisaban sesiones de terapia colectiva y algunas tardes más piadosas se rezaba el rosario.

www.elboomeran.com

# Select Jazz

Fui la mayor de cinco hermanos. Mis tías abuelas maternas tocaban el piano, y en su casa de La Pobla de Cèrvols organizaban veladas musicales, con toda la familia a cargo de un instrumento, excepto mi bisabuela Cecilia, que cantaba. A medida que se fueron casando y teniendo hijos, las mujeres abandonaron la afición. Menos mi abuelo Ramón, que, milagrosamente, antes de la guerra civil estudió música en el Conservatorio de Lleida. Pasaba a diario largas horas sentado al piano, jugaba con las partituras igual que un niño y soñaba con tener nietos pianistas. Siempre me pregunté acerca del virtuosismo musical de los Camprubí, de cómo en el culo del mundo se habían refugiado entre acordes y diapasones, a pesar de las nieblas espesas del invierno, de las malas cosechas, de la infame guerra. Las notas que caían desde el piano parecían desvelar una forma cifrada de ordenar el mundo, un modo de percibirlo desde otro lenguaje. Se abrían paso en mi cabeza, como telones de sonido que me procuraban placer y sentimiento, y me preguntaba por qué algunas melodías me hacían llorar.

Ramón Camprubí Cuadrat formó un cuarteto, Select Jazz, en los años cincuenta, con algunos de sus compañeros del campo de concentración trotskista de Omells de na Gaia, donde estuvo preso y fue torturado durante año y medio. En la música halló su cobijo espiritual y físico, la llave de su supervivencia. Quiso contagiarnos del

www.elboomeran.com

nervio de las corcheas y apaciguarnos con preludios y sonatas. Mientras fuimos dóciles, nos sentaba en un taburete a su lado para recibir clases de solfeo, y o bien nos premiaba con una galleta, o nos daba un ligero cachete al perder repetidamente el compás distraídos por los ruidos de la calle. Cuando aprendí a interpretar *Para Elisa*, me sentí igual de dichosa que él, consciente de que me había regalado una llave para alcanzar un rubor interior porque en la música prendía el reconocimiento de las cosas pasadas, y yo me apropiaba de la añoranza que derramaba aquella bagatela en la menor de Beethoven, torpemente interpretada. Lo consideré un pequeño don, tremendamente útil para lograr convertirme en mejor protagonista de mi propio relato de lo que había sido hasta entonces. Al menos, ahora podría entrar en un café con piano, y ante el hombre de mis sueños tocar *Para Elisa*. Ya que estaba desprovista de la fuerza física que hacía invencible a Pippi Calzaslargas, de la corona de la desgraciada Sissi Emperatriz o de la magia de Embrujada, mi personaje se abriría paso tocando el piano y escribiendo poemas forzadamente secos.

Me pregunto por qué regresa mi descubrimiento de la música al reconstruir el relato de cómo me hice mujer, y pienso que en parte se debe a esa interpretación conmovedora de mi amiga Clara Sanchis, que acabo de disfrutar en el teatro, que habita en la piel de Virginia Woolf. Hay que celebrar ese chute de asombro y testarudez, de finura y elegancia intelectual. Cuando sus emociones suben o bajan, la actriz se sienta al piano y piensa a través de sus teclas en los valores fundamentales del individuo: «Y se produce la mayor liberación de todas, que es la libertad de pensar en las cosas tal como son», dice Virginia/Clara. Woolf aseguraba que la indiferencia del mundo, tan difícil de soportar para escritores como Keats o Flaubert, se tornaba, en el caso de la mujer, en hostilidad. «Es extraño: la historia de la oposición masculina a la emancipación de las mujeres quizá sea más

www.elboomeran.com

reveladora que la propia historia de la emancipación», afirmaba, y, sin duda, la mayor liberación de todas acabó produciéndose, al menos para la subjetividad femenina, que recuperó la libertad de pensar en las cosas como son. No solo se les había arrebatado la libertad, sino que se las consideraba negadas para el conocimiento y el ejercicio de la razón.

¿Qué pensaría Woolf acerca de la igualdad hoy? A menudo regreso a aquellas veladas musicales que me relataban mis tías abuelas Carmela y Rosita, mujeres fuertes y decididas que, gracias a la música, alcanzaron ese sexto sentido sin el que hubiera cojeado su fortaleza. Un escudo que las protegía. Apelamos al coraje, a la seguridad y al talento para derribar techos de cristal, pero no deberíamos dimitir de los mundos sensibles: nunca fallan. También me pregunto cómo sobrevivió mi abuelo a la sordidez de la vida rural, él que no pisaba los bares ni jugaba a cartas, y que accedió en solitario a una elevada finura a través del piano, el arpa, el violín o la trompeta. Fue un músico completo, devoto, solitario. El piano lo salvó de la mediocridad. Tenía amigos aventureros por toda Europa, algunos eran excéntricos y vividores ases del estraperlo que contrataban a mujeres para viajar con garrafas de aceite bajo sus faldas largas, o bien traían piezas de coches desde Italia, como un socio suyo que ejercía una gran fascinación sobre el abuelo. Se llamaba Melero. Visitaba a la familia a menudo y cuando no tenía ni un duro traía champán, galletas y vino para cenar, pero luego había que ir a pagar a la tienda, pues compraba a nuestra cuenta. En una ocasión se instaló un par de días en casa acompañado de su mujer, una cantante portuguesa de nombre Issa Pereira. Los pequeños nos quedamos deslumbrados por su belleza y su don de gentes: solo habíamos visto mujeres elegantes como ella en las películas. No he olvidado su perfume exótico ni sus ojos ribeteados de negro. Me sentó sobre sus rodillas, y no hubiera querido despegarme nunca de aquel regazo

www.elboomeran.com

distinguido. Issa Pereira tuvo orquesta propia durante los años cuarenta y cincuenta, afamada intérprete de boleros y de la llamada «canción española». Años más tarde busqué su rastro: me dijeron que había alentado el contrabando de exiliados gracias a sus *tournées* por los consulados europeos durante la posguerra. Cuando la invitaban a actuar fuera de España, acoplaba en su *troupe* a quienes solo podrían seguir vivos si cruzaban la frontera. Suya es la voz de la habanera *Yo te diré* que interpretaba Nani Fernández en la película *Los últimos de Filipinas*, rodada en 1945.

La recuerdo tan vivamente porque fue la primera mujer artista que apareció en aquel pueblo de piedra y, contra todo pronóstico, compartió nuestra mesa de domingo, comió canelones y crema catalana y nos trató como si fuéramos familia. No nos hacía falta saber quién era, bastaba su nombre sonoro y su mirada intensa para admirarla. Creo que fantaseé con tener una madre como ella. Hasta que me enteré de que años atrás, yo aún no había nacido, Melero y ella llegaron al pueblo sin avisar, una noche de invierno, y dejaron a su hijita al cuidado de mis abuelos sin dar demasiadas explicaciones, solo ocho días. Pasaron los meses, cambiaron las estaciones, y la pequeña María Jesús seguía en casa, sin noticia de los padres. La llevaron al colegio, donde la trataban igual que un animal exótico y le hacían corrillo cuando cantaba: «En una cueva que hay en Granada». «Tenía salero», decían los mayores. Esa fue mi primera noción de la gracia que distinguía a unas mujeres de otras, un hechizo, un encanto. Mi familia empezó a pensar que Melero e Issa no regresarían nunca más, que la niña sería una más de la familia, una especie de media-hermana para mi madre. Hasta que una madrugada, sin avisar, llamaron a la puerta. La recogieron igual que la dejaron, sin apenas explicaciones; mi abuelo, que había desertado al ser llamado al frente porque solo quería ser músico, que se había salvado de ser ejecutado gracias a su don de

www.elboomeran.com

gentes, y a los anillos que moldeaba con resinas y pasta de jabón para las novias de sus guardianes, ya sabía que había que preguntar lo justo. Desconozco el vínculo que mantuvieron, pero debió de ser lo suficientemente sólido para que nos visitaran muchos años después, cuando Issa Pereira ya no era joven ni tenía orquesta propia, aunque conservaba su halo de estrella. Cómo no iba a dejarme huella aquella mujer tan sofisticada; me imaginaba a Rita Hayworth o a Marlene Dietrich, con su inherente magnetismo y fascinante personalidad sentadas en el comedor de los abuelos, algo aburridas por la charla, hasta que se encariñaban conmigo, una niña fantasiosa y solitaria que les hacía preguntas tan inocentes que las desarmaba. Aquella tarde lenta, al despedirse, Issa Pereira me cogió la cara con las dos manos delicadamente, para besarme y bendecirme, como si fuera una de las suyas, y entonces me sentí tocada por algo que no sabía bien qué era, algo desconocido. Tenía que ver con la densidad de aquel pachulí denso, con su forma curva, nada picuda, de andar encima de unos tacones y, por encima de todo, con ese mirar profundo como si detrás de ti hubiera un océano. Era puro glamur. Aún no conocía aquella palabra.

En una casa donde suena música permanentemente, de *La cumparsita* a las sonatas de Bach, existe una mayor predisposición por parte de los niños a jugar. Lo hacíamos sin parar, además de cumplir con el calendario de eventos y la intensa vida social que por entonces se desarrollaba en los pueblos. Las niñas asumíamos no siempre con placer el rol adjudicado: yo solo quería ser María Magdalena en la procesión de Semana Santa, el personaje femenino más interesante, el que había bebido de otros mundos y se había salvado. De generación en generación, nadie se ha librado del peso de aquellas palabras antiguas y limpias que, se dijo, la redimieron: «Quien esté libre de pecado que tire la primera piedra». Hasta cuatro décadas después, no recibí la noticia de la defor-

www.elboomeran.com

mación del personaje histórico, liberado por la teología feminista del estereotipo de la prostituta redimida.

Aparte de las procesiones y las catequesis, hacíamos funciones de teatro y *Escala en Hi-Fi* —así denominábamos al *playback* con disfraz y maquillaje— con particular querencia por personajes femeninos como Raffaella Carrà o Massiel. Y aún sumábamos otro papel: el de precarias *majorettes* sobre patines blancos que acompañaban al equipo de hockey del colegio. Lo hice una vez. Y me sentí tan humillada y ridícula moviendo una varita, con una falda corta y el culo al aire, mientras ellos, equipados como vikingos, se mostraban dispuestos a competir y a ganar, que juré que sería la última. Con todo, tuvimos suerte, porque los maestros nos sacaron adelante a chicos y chicas con pocos complejos. Nos hacían saltar al plinto sin distinciones, además de obligarnos a correr por caminos polvorientos en campeonatos provinciales de cross donde más de una vez tuvimos que sortear a pobres animales sarnosos. Yo corría sin cesar, avanzando casi siempre sin mirar atrás, dejando a un lado las granjas de cerdos, las mujeres que levantaban una mano con su delantal aceitoso, los tractores con un hombre rudo cuya mirada perdida siempre intimidaba. Corrí hasta que llegó el flato —una bolsa de aire, decían—, que me acuchillaba el vientre y me impedía seguir en la carrera. Esa fue la razón por la que abandoné mis sueños de atleta y me convertí en una aficionada actriz infantil que seguía deglutiendo libros prohibidos con una linterna debajo de las sábanas.

Fui una hermana mayor mandona, y aunque niña tímida que miraba de reojo, apenas dejaba hablar a Francesc, con quien no me llevaba ni trece meses. Crecimos sin distinciones, y cuando fueron creciendo la tercera y el cuarto, Agnès y Eduard (Santi llegó más tarde), poníamos la mesa entre todos, veíamos juntos las aventuras de Pippi que nos envalentonaban y mejoraban nuestro talante aventurero. Aquella chica pelirroja y traviesa fue

www.elboomeran.com

un modelo fundamental en nuestra educación primaria, y, como dicen ahora, nos empoderó: los adultos parecían inmaduros mientras que Pippi arrojaba una enorme sensatez y capacidad de resolución. Nunca se le ocurrió que ser niña fuera algo distinto a ser niño. A nosotros tampoco, siempre nos imaginábamos oficios intrépidos, nunca señoritos ni amas de casa.

A veces nos inventábamos idiomas, y en la boda del tío Martín, que se casó con Loli en Almería, nos hicimos pasar por atenienses en los columpios del hotel a fin de impresionar a unos niños. El tío Luis, capitán de la marina mercante, otro portador de grandes historias y regalos exóticos, me había traído un poncho azul con cenefas que imitaban el Partenón. Debía sentirme algo disfrazada, porque empecé a farfullar un idioma que presuntamente era griego. Mi hermano me seguía la corriente, hasta que ya no se nos ocurrió qué más palabras inventar. En el comedor de casa, nos embobábamos con Curro Jiménez, Los hombres de Harrelson o los peliculones de Semana Santa, que, al ser sobre Jesucristo, nos permitían ver hasta las tantas y podíamos indagar en asuntos sentimentales gracias a María Magdalena. Nunca nos gustó lo violento, los gritos, los golpes. Con los años, me escabullía cada vez más de las tareas domésticas. La excusa siempre fueron los estudios, aunque en verdad no toleraba bajar la basura. En aquellos años me lavaba las manos muchas veces al día. Me perseguía el mandato interior de querer ser la mejor. Y eso me producía ansiedad. Las uñas mordidas no engañaban.

Al lugar más sagrado de la casa lo llamábamos «la salita», y en ella convivían un viejo piano, un tocadiscos importado de Alemania y una imagen de san Antonio de Padua a quien mi abuela le rezaba cada vez que se perdía algo. El pobre santo ya no tenía brazos porque fue transportado en múltiples ocasiones al refugio habilitado durante los bombardeos de la guerra civil. Ahora presidía el lugar más artístico de la casa, milagroso y manco.

www.elboomeran.com

Cuando nos íbamos a visitar a los abuelos de l'Albi, que nos daban cacahuetes, allí pasábamos la tarde de los domingos mientras los mayores recibían visitas o escuchaban *Carrusel Deportivo*. La salita era el mejor refugio para fantasear con el futuro rodeados de singles y elepés, y, gracias a nuestro tío Martín, ideamos el mejor entretenimiento para soportar el tedio dominical que se esparce hasta que oscurece, una sensación que con el tiempo fui advirtiendo que es universal y consigue que todos los lugares del mundo se homologuen. Acabaría por comparar los domingos a una habitación de un hotel, ese cuarto que siempre parece el mismo estés en Bruselas o en Cuenca, trazado por los rituales del hospedaje despersonalizado: el minibar, las zapatillas blancas, la alfombra junto a la cama, la tarde que cuando cae encoge el estómago señalando un tipo de nostalgia desdibujada. El ruido de la calle tras una ventana que no te pertenece. Ver qué pasa cuando no pasa nada.

Al tío Martín, antes de echarse novia, se le ocurrió puntuar los discos mientras aprovechaba para limpiarlos con una gamuza. Él anotaba los puntos en bolígrafo, mientras mis hermanos y yo estábamos autorizados a hacerlo solo con lápiz. De esa forma, nos atrevimos a ponerle un 7 a los Beatles, un 9 a nuestro querido Lluís Llach y un 10 a Neil Young. Puede que ahí se forjara nuestra primera noción de la responsabilidad, jugando a examinar grandes artistas hasta sentir la cosquilla del remordimiento cuando creíamos haber sido muy duros con Peter Frampton o excesivamente condescendientes con Elvis. Eran tardes de *Black is black*, Mungo Jerry, Leonard Cohen e incluso el surfero californiano Leif Garrett, que se postulaba como *sex symbol* alentando el fenómeno «fan». Según las reglas del tío, en menos de cinco minutos debías decidir si te gustaba o no, y en qué grado. Tratar de ser justo, pero a la vez sincero; dejarse llevar por el oído y el placer que nos producía tal o cual canción, aunque fuéramos conscientes de que a algunas,

www.elboomeran.com

a pesar de ser obras maestras, no podíamos ponerles un sobresaliente porque se nos hacían esquivas. Años más tarde me di cuenta de que lo que en verdad importaba de aquel juego no eran los puntos, sino cómo conjurábamos la melancolía de la tarde cada vez que la aguja acariciaba el vinilo. No era un sentimiento exclusivamente femenino o al menos entre los hermanos. Pero a mí me ayudó a forjar el carácter y a alimentar mi autonomía, y así una y otra vez me decía que me bastaba con el lápiz de mi pensamiento para no aburrirme, para no necesitar que me hiciera caso un chico.

A parte de Sandie Shaw y sus *Marionetas en la cuerda*, no destacaban demasiadas mujeres entre nuestras debilidades musicales. Excepto Maria del Mar Bonet, a quien le teníamos una gran simpatía por llevar nuestro apellido. Mi madre, cuando estaba embarazada de mí fantaseó con ponerme ese nombre, pero mi abuelo dijo: «Maria del Mar y Maria del Riu. Y además se llama así la cantante. Y punto». En casa teníamos discos de todos los cantautores catalanes. Pero de forma íntima, me enamoró una canción que Maria del Mar cantaba con Quico Pi de la Serra: *Es fa llarg esperar*. Su letra, escrita por Pau Riba, se convirtió en una especie de himno iniciático: «Cuando se espera que el mundo se derrumbe para volverlo a edificar»; «quieres que sea mañana pero aún es ayer»; «sientes que tienes el alma muerta y ves el mundo confuso»... Parecía escrita para una preadolescente como yo, que sopesaba el tedio y el deseo y se sentía la protagonista de un cuento de Mercè Rodoreda. Me golpeaba la idea de esperar sin saber muy bien qué, e imaginaba que el tiempo era una llanura por explorar. *Es fa llarg esperar* era una canción que me portaba efectos de fuego de leña pero también arrastraba una melancolía que me hacía llorar, esperando a que llegara aquello que todo lo trastocaría. Una especie de ausencia me invadía pensando en la ciudad, repleta de rostros apresurados y escaparates relucientes donde unas ven-

www.elboomeran.com

dedoras me hablaban con labios de mantequilla y sentía un suave cosquilleo en el pelo, como si unos dedos invisibles me acariciaran.

En secreto, atesoraba la música de mi madre, Joana Camprubí Arqué, que escuchaba en silencio durante los viajes largos en coche. Después del fútbol ella escogía sus casetes de Chavela Vargas, María Dolores Pradera, Mari Trini o Mina, y encendía un mentolado. Un Paxton andorrano. Y se creaba un microclima de película. Esas eran las pocas ocasiones en que sentía que mi madre era una mujer liberada. Y, haciéndome la dormida, paladeaba secretamente la letra de *Volver* o de *Amanecí otra vez*, imaginando cómo sería la pasión una vez me llegara, si me morderían los labios, si me dolería. Aunque entre todas las piezas, había una que no era de radiocasete sino de tocadiscos, dotada para que la aguja troquelara sus acordes, una canción que sonaba muy lejos, como si trajera ecos de los tiempos de guerra y voces de mujeres desgraciadas que querían ser felices aunque fuera solo una noche: *La vie en rose*. Su intérprete, aquella mujer pequeña que al cantar se transformaba en un cisne, me resultaba misteriosa y, por tanto, atractiva. Pronto aprendí a diferenciar los artistas de los personajes. «Ay, la Piaf», suspiraban los mayores y a veces achinaban los ojos haciendo chasquear la lengua, murmurando: «pobre», «demasiado joven», «¿sabíais que se crio en un prostíbulo?». Trataba de indagar, los sometía a un tercer grado, y percibía un sentido de la desgracia desconocido, vinculado a su condición de mujer, que no arrastraban los hombres. Piaf anduvo. A través de su voz recibí las primeras nociones de precipicio.